

cosa que me fatigó horriblemente por el arenal que inunda parte del camino y por el calor que hacía.

Llegué á la ciudad de Honda y me hospedé en el mejor botel que encontré, que era una casa baja con varias piezas, siendo la sala la que servía de comedor, y la más grande de aquellas, de dormitorio, en la que había una fila de camas para los pasajeros y una ó dos hamacas suspendidas.

En cuanto á las dependencias que constituyen generalmente los hoteles en otras partes, los de Colombia son una hipótesis y en particular los de los caminos, que se hallan completamente desmantelados y se carece en ellos de toda comodidad.

Como no era todavía hora de comer, salí á hacer conocimiento con la ciudad, cuyas ruinas no encontré tan poéticas y pintorescas como me las habían ponderado ántes, y he visto descritas después por escritores colombianos; bien al contrario, esas ruinas no representan mas que algunos muros de casas que

quedan en pié, ennegrecidos y tristes, con algunos yerbajos saliendo de sus abras, desnudos de esa majestad y grandeza de las ruinas que en otro tiempo fueron verdaderos monumentos arquitectónicos. Honda, si he de decir la verdad, es una poblacion mas bien fea que hermosa, sin un solo edificio que llame la atención, mal empedrada, peor enlosada en alguna que otra de sus tortuosas callecitas sucias; tiendas y almacenes insignificantes, etc., etc., y aún la vegetacion en sus inmediaciones, no ofrece punto de vista alguno que llame la atención, si no es el Magdalena y otro rio que corre á unirsele al entrar en la ciudad y sobre el que hay construido un magnífico puente de hierro.

Esta es la ciudad de Honda, que si en tiempo de los españoles fué, segun cuentan, una maravilla, hoy no se miran en ella vestigios de su pasada grandeza.

A las seis de la mañana del otro dia, salí para volver á Caracolí en un caballito de mala muerte que alquilé: pasé

al otro lado del río, y después de arreglar mi equipaje y cargarlo, monté en mi mula y partí en unión de otros compañeros para Bogotá.

Pero antes de comenzar á hablar del camino, debo decir algunas palabras mas sobre el puerto y muelle de Caracolí.

Cuando desembarqué en lo que llaman muelle, confieso francamente que quedé asombrado al contemplar que lo que tiene tan pomposo nombre no sea sino, como dije arriba, un barrancón que existe en el mismo estado desde el tiempo de los Muisca (1) y como lo halló el conquistador Quesada al desembarcar del Magdalena. Como los monumentos en las ciencias, las artes y la industria dan testimonio del estado de cultura en que se hallan los diversos pueblos, debo ser franco, María, en manifestar que yo me formé de los habitantes de Colombia el concepto

1 Aborígenes del país.

mas humilde, creyéndolos muy atrasados en todos sentidos.

Esta opinion se aumentó cuando hu-  
be atravesado una parte del camino, y ¡qué camino! siendo el que conduce para la capital de la República, parece mas bien una vereda intransitable, erizada de peñascos, la piedra suelta y precipicios á derecha é izquierda, costando inmenso trabajo hallar puntos de apoyo en que asentar el pié.

Lo mas admirable es, que la gente principal que vive en Bogotá y los diputados y senadores de los Estados, lo anden y desanden periódicamente; que por ese camino de pájaros entren los artículos del comercio europeo y que los centenares de pianos que hay en la capital hayan entrado por allí. Con razon que todos esos objetos sean tan caros, pues la mayor parte de ellos son conducidos á hombros con el mas inaudito trabajo.

Si el progreso en la parte material de Colombia está en su cuna y revela la indolencia é inercia de sus habitan-

tes, su adelanto en la bella literatura y las ciencias abstractas, así como su inclinación por las artes y su carácter hospitalario y caballeresco, los vindica de su atraso en los demás ramos, que mas bien se debe atribuir á la mala administracion de sus gobiernos y, mas que todo, al corto periodo de su existencia.

Constantemente he oido quejarse á algunos colombianos del atraso de su país por culpa de las autoridades encargadas de su progreso y suspirar cuando ven ó oyen decir que los demás Estados americanos adelantas mientras ellos permanecen en *Statu quo*.

Por esta circunstancia no se debe echar la culpa al pueblo colombiano del mal estado de sus poblaciones y de que éstas no se hallen comunicadas por buenos caminos, que traerian la prosperidad y el comercio; ántes bien se les debe compadecer por esto y porque carecen hasta de las distracciones y paseos públicos, que disfrutan los habitantes de otros países, merced á sus

buenos gobiernos y á la posicion geográfica que ocupan sus capitales.

Bogotá está encaramado allá en las crestas aéreas de las cordilleras de los Andes, teniendo que vencer para llegar á ella, nueve mil piés subiendo y bajando, cayendo y levantado.

Eso sí, los puntos de vista que se disfrutan de esa naturaleza majestuosa, son imponderables, especialmente dos: el que desarrolla enfrente de la Venta de Consuelo, y el que se mira al llegar á la altura "Alto del trigo" que domina todas las serranías que encierran en una de sus cañadas, la poblacion de Villeta.

Describir estas imponentes decoraciones, sería empresa de titanes, porque difícil es hallar palabras para encajear estas maravillas de la creacion; solamente, para que no quedés absolutamente en duda de lo que es esta naturaleza sublime, te daré una pequeña idea de ella.

Al dominar la altura que pone al viajero en las puertas de la Venta de

Consuelo, al volver la cabeza hácia el Poniente, se siente aquel sobrecogido de asombro, de una admiración extraordinaria, y se cree ver á Dios sentado sobre aquellas montañas, que unas sobre otras parece que aspiran á tocar al cielo; se fija la vista y mas majestuosas se presentan, envueltas sus altísimas cumbres de elegantes líneas, con un cendal vaporoso, como queriendo ocultar á la Divinidad que está en su trono de turquí.

Tal vez mi entusiasmo de artista forje una descripción exagerada; pero el largo tiempo que estuve en pié contemplando esos colosos de la América y la sorpresa de otros viajeros que yacían á mi lado, borrarán esa nota que hagan nacer las sospechas de los que pasen sus ojos por estas líneas y comprenderán mas bien, que la naturaleza en el Nuevo Mundo, encierra maravillas que ni la paleta del pintor ni la pluma del sabio pueden describir.

Era muy tarde cuando me retiré de la puerta de la venta y á poco se sirvió

el *agiaco* (1), un beefsteak pasable y una taza de chocolate con su rebanada de queso; refrigerio que no fué de lo peor, atendido el estado de las fondas que se miran en los caminos de Colombia, en las que á veces no se encuentra qué comer, ni camas, sino solamente un catre abollado y una hamaca.

El paradero de Consuelo se componía de tres piezas; la recámara, que ocupaban dos senadores costeños que regresaban á Panamá y Cartagena á gozar de sus vacaciones; la sala ó comedor, en la que se colocaron tres catres para mí y dos compañeros, y la tienda que vendía guarapo, pan y aguardiente; la cocina no la ví.

Serían las diez de la noche, hora en que dormíamos como unos lirones, cuando llegaron otros dos padres de la Patria, que, como tales, llamaron con garbo á la puerta, sin pensar que podía haber gente reposando: nos despertaron

1 Un guiso favorito hecho con diversas carnes, papas y yuca.

con sus golpes desaforados, y acto continuo pidieron de cenar al patron, que abrió restregándose los ojos.

Los tales senadores, con las bocas medio llenas, metian un bochinche de los demonios, emprendiendo una animada conversacion con los compañeros de la recámara, sin curarse de los que á pocos pasos renegábamos de aquellos cuatro individuos que, al venir á representar á sus comitentes, dejaron olvidado debajo de la almohada su tratadito de urbanidad ó eran miopes que no veian que reposaban tres infelices, que maldecian en sus adentros á todos los senadores y diputados habidos y por haber, de esa calaña.

A las seis de la mañana del otro dia me puse en pié para disponerme á partir, que de buena gana lo hubiera verificado mas temprano á no ser por la costumbre que hay en Colombia, en donde son desconocidas las caballerizas, de que las cabalgaduras, tan luego como llegan al lugar, se sueltan á la manga ó potrero para que se alimenten con

yerba ó pasto, y á otro dia hay que esperar á que haya luz para tomarlos, operacion difícil porque se remontan y vienen á enlazarse á las ocho de la mañana.

Todas las dificultades que se puedan imaginar en punto á viajes en la República de Colombia, son nada en comparacion de la realidad; hoy han desaparecido algunas en la navegacion del Magdalena, merced á las líneas de vapores establecidas de pocos años acá, aunque el servicio de éstos no sea muy completo, porque sus camarotes son bien estrechos y sólo tienen un catre desnudo y el pasajero necesita llevar una estera, sábana, almohada y un mosquitero (1) para no ser devorado por los zancudos.

Como recordarás, amiga mia, que te dije en mi primera carta que en mis impresiones de viaje no omitiria las mas

1 Pabellon de linon ú otro género trasparente, suspendido por dos varillas y una cuerda, del techo del camarote.

insignificantes, porque en mi concepto, la relacion de las menores son indispensables para conceptuar un objeto ó un país, voy á trasmitir compendiadamente la historia de los viajes que antiguamente verificaba alguno que otro colombiano por ese rio para visitar Europa ó alguna otra República del continente.

Pues bien, la navegacion del Magdalena se verificaba por medio de champanes, que áun hoy se miran todavía: son éstos unos troncos ahuecados de doce, diez y seis y hasta veinticinco varas; con un toldo de petates y esteras sostenido por arcos formados de ramas gruesas; éste es bastante fuerte, de modo que los remeros ó bogas, desnudos y solamente con un tapa-rabo, van y vienen sobre él, encaminando con sus remos el champan, con el que hacen pequeñas jornadas, especialmente á la subida del rio.

La persona ó familia que intentaba hacer un viaje por las ardientes regiones del Magdalena, arreglaba previamente

sus disposiciones testamentarias; confesaba, comulgaba, disponiéndose para morir y, acto continuo, se metia debajo del pesado toldo del champan, que es literalmente un horno para poder asar una pierna de carnero y donde se respira una atmósfera saturada de fuego y de pútridas emanaciones. Los bogas son semisalvajes y no se curan de que fueran obispos ó señoras, porque á mas de que iban con el traje de Adan, empleaban un lenguaje obsceno y entonaban canciones capaces de hacer ruborizar al mas despreocupado.

Se acercaban esos cafres cada vez que les daba la gana, á las chozas ó barracas de las riberas del rio para refrescarse con guarapo, chicha ó aguardiente, deteniéndose largo tiempo, y mientras, las personas que iban bajo del toldo del champan, pasaban las penas de San Lorenzo; de noche era lo bueno, porque despues de la oracion, acudia una nube de zancudos, que con sus lancetas aplicaban una sangría á los pasajeros, que agregada al fuerte calor y á

las emanaciones palúdicas del sitio, les solía venir la fiebre y la calentura.

Cuando por desgracia para los viajeros y fortuna para los bogas (1) había en alguno de los ranchos del tránsito un bailecito ó casamiento que duraba algunos días, aquí de la paciencia de los míseros viajeros, aquí de toda su virtud para no renegar y arrojar de cabeza al río ó medio matar á esos hotentotes desalmados.

Por dicha que hoy los vapores han salvado de esas incómodas emergencias á los amantes de los viajes, porque estoy seguro que con los adelantos de la época, se pegarian un tiro las dos terceras partes de los que fueran á Europa ó á la tierra Santa. Cuando esos nuevos Aquerontes se detenian, como he dicho, por varios días, no valian las promesas ni las amenazas; al contrario, esto los envalentonaba y hubo ocasion de que acaecieran desgracias: no habia mas que estar firme, asarse de día en

1 Remeros ó marineros del Magdalena.]

el champan y de noche ser devorado por los zancudos; con razon los buenos colombianos se preparaban para morir en sus largos viajes, que duraban meses enteros en el Magdalena.

Salí, pues, de Consuelo y emprendí de nuevo la vía crucis del camino, siempre igual ó peor del que habia traído la víspera; á cosa de las once de la mañana llegué á Guaduas, pequeña poblacion de aspecto agradable por sus casas blanqueadas con esmero y engastadas entre la verdura de las guaduas, que mezclan su plumaje á la gigantesca ceiba, al mango y al elegante plátano; la plaza es de regulares dimensiones y rodeada por la iglesia, las casas consistoriales, algunas tiendas y otros edificios particulares. Seguimos adelante, siempre en ascenso, y cuando habiamos escalado una grande altura y desembocado por un tajo practicado en la montaña, se presentó otra perspectiva igual ó acaso mas grandiosa que la de Consuelo: eran las cordilleras orientales de los Andes, ascendiendo tambien sus al-

tísimas cimas hasta las nubes, teniendo otras á nuestros piés en caprichosas ondulaciones, semejantes al oleaje de un mar profundo. Al desembocar á este lugar encantador, se me escapó una exclamacion, un grito de entusiasmo y, como iba yo muy adelante de mi compañero de viaje, porque su mula se le habia cansado, detuve la mia para contemplar largo rato la sublime decoracion que me tenia extasiado. A poco llegó mi amigo y seguimos nuestro camino, deleitándonos en sus situaciones pintorescas, en el canto de pájaros desconocidos y raros, especialmente en el de uno muy simpático que llaman *Dios te dé* y que efectivamente parece que exhala esta palabra.

A las cinco de la tarde llegamos á Villeta; nos dirigimos al hotel que por ironía tiene este aristocrático nombre y dije á Arroyo, que se adelantaba á penetrar:

—¿Dónde va usted para esa casa vieja?

—¿Cómo dónde? al hotel, me contes-

tó, agachándose para entrar por un zaguán bastante bajo.

Al ver yo la facha de la tal posada, se me encogió el corazón, porque tenia por delante una casa cubierta de paja, las paredes abolladas y sucias, con un corredor sostenido por horcones ó troncos y enfrente un corral lleno de basura.

No hubo remedio: imité á mi compañero, me agaché lo mas que pude para entrar y nos apeamos ambos, tomando las bridas de nuestras cabalgaduras un muchachito de ocho años, que era el único mozo del hotel.

Me senté á descansar un momento en un poyo despostillado de adove. ¡Qué se habia de hacer! Despues que se termina un camino largo y fatigoso, al entrar á la poblacion en donde termina la jornada, la imaginacion se adelanta á figurarse que espera al viajero una habitacion fresca y cómoda con buena cama y una comida suculenta y apetitosa. Pero ¡ay! ninguna de estas tres cosas hallé en el hotel de Villeta:



me dirigí al comedor y su vista me hizo desaparecer la ilusión que me había forjado esperando algo bueno, porque en su lugar, había una mesa cubierta de un mantel no muy limpio, un convoy con dos botellas vacías medio rotas, una vela de sebo que no alumbraba y un salero despostillado.

Llamé á un criado y, después de esperar un cuarto de hora, se presentó una muchacha. Pedimos la comida y cerca de una hora después se nos sirvió, consistiendo en cuatro platillos de loza ordinaria con dos ó tres cucharadas de contenido no muy sabroso, que al ver yo tan reducida cantidad, se me duplicó el hambre: el pan, que en todos los países lo hay á discreción en las mesas, aquí estaba reducido á la más mínima expresión, porque consistía en media torta por persona. Vino el dulce, que en proporción de los anteriores platillos, apenas se veía por su microscópica cantidad.

La criada, en tanto, se andaba donde

Dios quiera y era necesario gritarle cada vez que deseábamos algo.

—El café, exclamé mal humorado por el pésimo servicio del hotel.

Llegó la criada y nos puso delante dos tazas medio llenas de una bebida, cuyo sabor fué una hipótesis para nosotros, porque después de servida y sacando la muchacha, tomamos un sorbo y notamos que estaba sin dulce: llamé de nuevo á nuestra Maritornes y le pedimos la azúcar; corrió para fuera y después de un cuarto de hora, volvió diciéndonos:

—No hay azúcar, porque la que había se gastó en el dulce.

—¡Vaya un famoso hotel en el que no hay ni azúcar! dije soltando una carcajada.

La muchacha se disculpó diciéndonos:

—¡Qué quieren ustedes, señores! yo no tengo la culpa, sino los dueños.

Digo entonces á mi compañero Arroyo:

—Cosa singular es esta, que en es-